

Rostro Bolivia, estaño y soledad: Legalidad, legitimidad y migrantes bolivianos en la Buenos Aires del tercer milenio

Susana Santos¹

Resumen:

La presencia de los migrantes bolivianos en Buenos Aires comenzó a ser registrada en los últimos diez años con mayor y sostenido interés. Así, el film de Adriano Gaetano, el documental de Martín Rejman, las novelas de Bruno Morales y Ricardo Strafacce, los coberturas de medios periodísticos a las celebraciones religiosas de la comunidad en el Parque Avellaneda y el Barrio Charrúa, entre otras. Cada una de estas producciones, sus imágenes, sus músicas y sus discursos caracteriza una configuración del imaginario social de los derechos de la comunidad boliviana en nuestra porteña ciudad. La propuesta presentada se basa en el relevamiento de las tensiones y ambigüedades, coincidencias y antagonismos de estas configuraciones como así también los prejuicios más o menos encubiertos que suscitan en la porteña ciudad.

¹ Profesora de Problemas de Literatura Latinoamericana (Cátedra Viñas) Facultad de Filosofía y Letras, UBA. Es autora de libros y ensayos de la especialidad.

Rostro Bolivia, estaño y soledad: Legalidad, legitimidad y migrantes bolivianos en la Buenos Aires del tercer milenio

Bolivianos: el hado propicio
Coronó nuestros votos y anhelo;
Es ya libre, ya libre este suelo,
Ya cesó su servil condición.

Himno Nacional Boliviano

I.- País privado del mar, en Bolivia la gente hace lo que hace toda la gente del mundo. Miran el futuro, calculan sus posibilidades y toman las mejores decisiones que pueden. Durante décadas, decenas de miles de bolivianos decidieron – y no con ligereza- que las condiciones económicas que enfrentaban sus hogares eran críticas y que su elección más auspiciosa era migrar.

Bolivia – caracteriza el especialista británico James Dunkerley- “es un país con renombre” (Dunkerley 1987: 17). Ofrece su lista: la muerte del Che Guevara; la cocaína; la inestabilidad política; una teleología que hace de los indígenas seres ariscos y encerrados, responsables del atraso material de la nación. También de haber ganado una única vez el campeonato sudamericano de fútbol. País renombrado, Bolivia, asimismo por sus reclamos territoriales, en especial con el Chile que lo privó de su litoral pacífico.

El área que hoy corresponde a Bolivia fue fuente de incomparables riquezas para el Imperio Español, por la nada despreciable extensión de dos siglos y medio. El nacimiento de la República, única en ostentar el nombre propio del Libertador criollo Simón Bolívar, coincidió con la decadencia de Potosí. A lo largo de los siglos XVII y XVIII, el fabuloso Cerro impulsó el ciclo de una plata que no fue boliviana: arbitrariamente fue derecho de los peninsulares y por acaso de contados criollos: de la “República de los españoles”, no de la “de los indios”. Nunca recuperó su lugar central económico y cultural; el poder se desplazó al norte paceño y desde mediados del siglo XIX a mediados del siglo XX, en la era de los imperios angloamericanos, Bolivia pasó a ser el principal exportador de estaño en el mundo aunque sin impulsar el desarrollo interno ni la sociabilización de las riquezas

Por el contrario, durante siglo XIX, que se quiso liberal y conservador en su segunda mitad, los pueblos originarios conocieron la usurpación de las tierras comunales durante el gobierno de Melgarejo (1864-1871). Siguieron los consecuentes levantamientos- que fueron aplastados- y culminaron al fin del siglo con la gran rebelión del “temible” aymara Zarate Wilca contra la elite del poder.

Desde la Guerra del Chaco (1932-35) hasta la Revolución de 1952, se gestó un proceso que partir de la inicial equiparación obreros- campesinos con los indios, culminó, ya por fuera de sus límites, en una reivindicación de identidades y movimientos de carácter étnico. Revolución, o mejor *pachacutik*, de los movimientos sociales, que culminará, en el primer lustro del Tercer Milenio, con el ingreso de Evo Morales en el Palacio Quemado y la presidencia de la República.

Entre estos dos acontecimientos – la Revolución de 1952 y la elección mayoritaria del primer presidente indígena en el 2005-, Bolivia padeció una inestabilidad política (19 presidentes en 21 años) que favoreció el camino a dictaduras militares represivas: universidades cerradas, enemigos políticos asesinados con sus familias, desaparecidos y exiliados. La revolución de izquierda y la represión de la derecha no explican el éxodo masiva boliviano; sus causas

primeras se encuentran en la pobreza y después en el impacto de la imposición de las reformas neoliberales a partir de 1985.¹

La incidencia conjunta de los cambios políticos y económicos fueron las razones que motivaron el impulso, muchas veces frenado, de traspasar fronteras clasistas, nacionales, étnicas, lingüísticas. La *migración* es precisamente cifra de la vida para quienes ya son definidos, desde la República de 1825, como bolivianos: deben mudar las sucesivas condiciones y el status de ciudadanos. No pocas veces, significó la experiencia del migrante como *immigrante*, a cuya migración misma y presencia en el suelo argentino se le niegan legalidad primero, y legitimidad después. Y esta experiencia tendrá un eje central en la orilla opuesta del país privado del mar, en la ciudad junto al río inmóvil, en la misteriosa Buenos Aires de un Adán no inexorablemente peronista.

II.-

...asegurar los beneficios de la libertad para nosotros, para nuestra posteridad, y para todos los hombres del mundo que quieran habitar el suelo argentino....

Preámbulo de la Constitución Argentina de 1853

La inmigración fue una empresa teórica de la Republicana Generación del 37, que soñó que pobladores de más allá del Atlántico debían trabajar y proliferar parejamente en todas las zonas de un país cuyo mayor problema, había dicho Sarmiento, era su extensión. A pesar de los miedos que suscitó y a pesar, también, de no provenir de los centros esperados (en realidad, su origen eran las periferias europeas que habían desconocido los beneficios de la Revolución Francesa), esa oleada migratoria fue integrada –o reconstruyó el tejido social. Con mejor aceptación lo hizo el masivo contingente de españoles e italianos, menos incongruentes a las glorias del don Ramiro larretiano y al solar de la raza galveciano. E hicieron de la Argentina, principalmente a la ciudad de Buenos Aires, uno de las áreas del mundo reconstituidas por una población mayoritariamente extranjera –“crisol de razas”. No sin orgullo, se habló de la presencia europea concentrada preferentemente en la ciudad capital, que en el transcurso del tiempo recibirá migraciones internas y de países limítrofes, que paulatinamente aproximaría a la otrora París de América del Sur a paisajes urbanos continentales menos europeos y más decididamente indoamericanos.

Entre las muchas migraciones que ha recibido, Buenos Aires –unida al conurbano bonaerense– ha devenido una ciudad boliviana de primera magnitud, con una demografía de migrantes nativos que desafía a la Paz y a El Alto en el Altiplano y a Santa Cruz de la Sierra en el Oriente. Más allá o más acá de las estadísticas, perdura un doble conflicto: el padecido en las ciudades de origen y el originado en la ciudad capital argentina, que debe reconocer una nueva vivencia en su hábitat, modificado por sucesivos conflictos económicos, culturales y locales que los “nuevos” integrantes no promovieron ni aún anticiparon, pero cuya masiva presencia promueve a su vez otras mutaciones que transforman a la ciudad porteña.

El devenir de esta migración ha sido tema, en tiempos bien cercanos, de literatura antropológica, sociológica, histórica, cultural y, por decirlo así, propiamente literaria. Entre esta última, forma parte la crítica de intención “antropológica” – según las propias palabras de la autora- *La ciudad vista* (2009) de la ensayista Beatriz Sarlo¹ y es el nudo cardánico de las

sucesivas *Bolivia Construcciones* (2006) y de *Grandeza Boliviana* (2010), del novelista Bruno Morales.¹

Estas obras, las novelas de un escritor joven y el ensayo de una crítica de reconocida trayectoria, versan sobre este tema. De manera exclusiva pero no excluyente en las novelas y sólo como uno de los aspectos que transformaron la ciudad durante los últimos años, en el ensayo.

Una de las novedades que proponen *Bolivia Construcciones* y *Grandeza Boliviana* – dos de una trilogía anunciada por su autor¹-, en páginas llenas de fantasías y alusiones literarias, pero impregnadas de realidad- es la inesperada inclusión de un sector de la ciudad que excede lo que hasta el momento se consideraba típico o representativo – en motivos literarios- de la novelística urbana: sus protagonistas son migrantes bolivianos que comparten sus “peripecias” con los otros personajes porteños o migrantes: gringos, coreanos, chinos, paraguayos, peruanos, migrantes internos argentinos. Un mundo que, en sus rasgos exteriores, resulta perfectamente constatable, que y sin embargo pareció ser, por un tiempo, como si fuera de manera programática, ignorado. Con ocasión de la publicación de *Grandeza Boliviana*, Washington Cucurto anotó en relación con la anterior *Bolivia Construcciones* “los temas son más o menos los mismos, los ambientes parecidos y los climas y tonos iguales. Lo que no es igual es la extraña maquinaria de contar que Bruno Morales o Sergio Di Nucci ponen al alcance de quien lo lea. Con una lograda economía de palabras y con un clima alejado de la grandilocuencia y las pretensiones estilísticas, nos muestra una impecable manera de contar. Es como si nos dijera: ‘Se puede escribir una novela simple sobre un mundo desconocido’. Y, es precisamente de eso, del extraño y lejano mundo de la inmigración boliviana que nos habla el autor” (Cucurto: 15).

Asimismo, Martín Rejtman, en la entrevista que le realizan a propósito la presentación de su documental *Copacabana* (2006), nacido del encargo del canal de la ciudad como parte de un proyecto televisivo donde se mostrara las actividades cotidianas de sus habitantes, dijo que la decisión de llevar esta cuestión a la pantalla fue en principio motivada por la curiosidad, “sabía que estaba la fiesta y que estaba en Octubre... En principio visitaba los mercados bolivianos en Buenos Aires, que la mayoría de la gente de aquí desconoce. La mayoría de los porteños jamás han puesto un pie en un barrio boliviano, son lugares que quedan al borde de la ciudad... y esos bordes jamás los visitan, sobre todo si esos bordes son pobres...” (Maite Alberdi e Iván Pinto).

Esta “extrañeza” no parece ser la causa real de producción, o al menos no es la única. Como tampoco fueron causas primordiales, la década genocida del Proceso de Organización, la recuperación de la Democracia y sus sucesivos quiebres y aún colapsos económicos que alcanzaron su clímax en el año 2001, la anterior instalación del neoliberalismo, la precarización del mundo laboral, la desmesurada privatización con el espejismo de no pertenecer a los países del tercer mundo, la frivolidad política y especulación financiera. Sino antes bien y de manera determinante, la producción de estos libros se debe a la percepción y sensibilidad de estos escritores, a sus particulares conformaciones ideológicas, la urgente necesidad de dar palabra y forma literaria a la experiencia urbana de la comunidad que vivencia sus transformaciones. Sus respuestas que columbran niveles poéticos, escénicos y políticos a las innegables transformaciones, no se elaboraron en soledad: el autor de *Bolivia Construcciones* y *Grandeza Boliviana*, en varias de las entrevistas concedidas, declaró acerca de sus infatigables caminatas y vivencias compartidas en los lugares que ficcionaliza en las novelas. Y la ensayista de *La ciudad vista* registra sus recorridos con las fotos, sacadas por ella misma, en la ciudad de Buenos Aires, escindida tanto por los shoppings como por la permanente y acrecentada

presencia de los desposeídos. Así, las zonas precisas de la ciudad que refieren sobre los migrantes: el barrio chino (o taiwanés) en el Bajo Belgrano, los coreanos en Flores y peruanos. Principalmente los bolivianos en el Bajo Flores, pero más precisamente en el Barrio Charrúa, y después la calle José León Suárez de Liniers, por citar los principales itinerarios. De manera notable, en el caso de la comunidad boliviana, los pasos perdidos registrados en el ensayo, como siguiendo una guía confiable, en muchos de sus puntos coincide y se solapa con el laberinto de los transitados por el narrador innominado de *Bolivia Construcciones*, que es llamado por su nombre- nunca revelado al lector- en las últimas páginas de *Grandeza Boliviana*.¹

Esta última novela, que da la cifra de sí misma, “Lo que ví me impresionó. En realidad, no tenía nada de impresionante, pero era como si volviera a leer las páginas de un libro que ya había leído” (Morales 2010: 173) y que finaliza rememorando el inicio de *Bolivia Construcciones*, “la primavera llegó de nuevo y me acordé el día en que viajé a la Argentina” (Morales 2010: 174), se publicó en el año de las efemérides bicentenarias argentinas. Los festejos del Nuevo Centenario: 2010. A los cien años de las *Odas Seculares* de Leopoldo Lugones, *El canto a la Argentina* de Rubén Darío y *Los gauchos judíos* de Alberto Gerchunoff, *Grandeza Boliviana*, en cuyas páginas se rememora la Revolución paceña del 16 de julio de 1809, devuelve especularmente los cantos eufóricos que en esa ocasión hablaban de la grandeza Argentina de las “fronteras abiertas” para mostrar su envés; un envés que recupera cifrada la conciencia criolla de Bernardo Balbuena que en su *Grandeza Mexicana*, texto barroco al que alude textualmente en muchas ocasiones: “Todo en este discurso está cifrado”. Aquella fabulosa idealización de la ciudad de México valora el ingenio de los criollos e inicia la larga travesía de una Independencia que nuestras comunidades aún deben conquistar, instrumentando y consolidando un proyecto político de soberanía económica y respeto por las diferencias culturales.

III De la patria el alto nombre /En glorioso esplendor conservemos/ Y en sus aras de nuevo
juremos/ ¡Morir antes que esclavos vivir! *Himno Nacional Boliviano*

Antes de que estos libros existieran, los migrantes bolivianos estaban irreductiblemente presentes. A mediados de los años ochenta comenzaron a verse con más asiduidad en Buenos Aires y otros centros urbanos que los recibían sin haberlos convocado: “sentí que este país me hacía un gran favor a dejarme entrar” (Morales 2006: 10).¹

Si los personajes de las novelas, tanto *Bolivia Construcciones* hablan tanto en quechua, aymará o castellano, “-¿Maymanta Kanki?/ Le contesté en castellano. No quería que pensara que acaba de llegar” (Morales 2006: 192) como *Grandeza Boliviana*, “Me asombró que la mujer comparara a su nuera con un cóndor/.-Yawar Mallku- era Pedro./ -¡Ukamau!” (Morales 2010: 16); la autora de *La ciudad vista* aclara que es mujer blanca y que no necesita aprender otras lenguas “(...) comenzaron a hablar sobre mí en quechua. Quedé aislada dentro de una esfera infranqueable. A la noche (...) siguieron hablando en quechua: experiencia de no entender el discurso de que se habla de uno mismo, rara experiencia para una mujer blanca” (Sarlo: 108). El pesar de que a su ciudad estos “nuevos extraños” la han vuelto para ella ininteligible¹ aproxima cualitativamente una configuración ideológica que produce sus representaciones para hacer manejable de acuerdo a su propio modo de relación social – donde ella se inscribe- situaciones que alteran sus prácticas sociales (reales, simbólicas e imaginarias). Desde esta perspectiva. Sarlo, como se ha resaltado, califica de “muy fashion” un refresco de “mocochnche” en lugar de “mocochnchi” (Sarlo: 123), duda si el “thimpu” de cordero es

“¿empanada, embutido, asado, guiso , fiambre?” (Sarlo: 116). La ensayista Beatriz Sarlo pondera el encuentro de una biblioteca que se llama Marcelo Quiroga Santa Cruz y dice que “no es parte de la Bolivia indigenista de Evo Morales” (Sarlo: 126) ignorando que el MAS reconoce a ese escritor como uno de sus héroes y modelos, y que la ley anticorrupción del gobierno boliviano de Morales lleva el nombre de Ley Marcelo Quiroga Santa Cruz.

No son estos “deslices” la mayor consecuencia: este tipo de configuración ideológica concibe a la ciudad ya no como el lugar de la hospitalidad, sino que se constituye con espacios fragmentados y marginales habitados por “extraños” que exacerbaban sus propios límites en la lucha de los lugares y por los lugares.

Aquí se señala que si bien el gobierno del presidente Néstor Kirchner a fines del 2005, aprobó una amnistía para los migrantes, la discriminación acendrada durante la crisis de los años 90’ dista de haberse superado y es las más de las veces la explicación de una mirada sesgada respecto a los migrantes. Como prueba, en los libros que nos ocupan, el caso del Parque Avellaneda, de la Villa 1-11-14 y del Barrio Charrúa.

El Parque Avellaneda—elegido por los migrantes bolivianos para su esparcimiento en días feriados y escenario de alguna de sus celebraciones, según se narra en *Grandeza Boliviana*. “Al volver al Parque Indoamericano había mucha más gente. /- No vayas allí, ¿entiendes? NO vayas – me había dicho en el Avellaneda la periodista de la radio La Pléyade-. Allí no hay folklore como aquí- y me señaló una pareja que movía los pañuelos blancos con energía y doblaba la cintura mientras bailaba una cueca tarijeña., allí solo hay cumbia, música chicha...” (Morales 2010: 33)- y se define en *La ciudad Vista*: “Caminar esas cuatro cuadras por Lacarra es recorrer el filo que conduce a un límite” (Sarlo:121). La aseveración instruye el subtítulo “Parque Avellaneda y más allá” y apremia: hay que completar la cita del tango “Sur”: la “inundación” será entonces la Villa 1-11-14 del Bajo Flores.

“La basura cubre las calles, flota en el aire, se amontona en los rincones. Por los pasillos de ingreso a la villa, también hay puestos de ropa barata. Los kioscos de la calle, donde corren perros sin dueños, están fortificados, tapiados, enrejados, casi no se ve lo que venden pero siempre hay jugo de ananá y mocochinche. El perímetro exterior de la villa está compuesto por casa de tres pisos sin revocar, pero con un rasgo que se repite en todas partes, puertas de calle en los pisos primero y segundo, y rejas. Estamos en el sur de la ciudad, la zona discriminada. (Sarlo: 123)

“(…)sin sentir la vergüenza que produce la 1-11-14, donde cualquier pasillo se va angostando hacia adentro como si lo de afuera consistiera en el revestimiento de ladrillos de un interior fangoso y oscuro, con casillas entremezcladas cuyas paredes nunca son completamente verticales.” (Sarlo: 126)

Este asentamiento de emergencia, que se inició después de la Revolución Libertadora, y que fue erradicado en los tiempos del Proceso para limpiar los festejos del Mundial de Fútbol, indica en la descripción efectuada por Sarlo no sólo fronteras y umbrales - “límites” como se los llama en el ensayo- sino un territorio urbano desterritorializado, donde la opción parece ser para quienes lo habitan el de rehén de un adentro (“zona discriminada”): el habitante de la ciudad que carece del afuera, o de un afuera de la ciudad sin su adentro.

Hay otro fenómeno notable: cuando esos mismos migrantes se reúnen en el Barrio Charrúa, en sus orígenes una villa, hoy un barrio obrero, con motivo de los multitudinarios festejos en honor a la Virgen de Copacabana; la comunidad – entre ellos, muchos habitantes de la 1-11-14 del Bajo Flores- integra lo que la mirada del observador aísla. Esa fiesta, (que cuenta con minuciosa pero no densa descripción en *La ciudad vista*), convierte a todo el Barrio en espacio

de Plaza Mayor, de muy distinta estructura del damero hispánico colonial, pero con el mismo ánimo de expresión de centro vital del vivir urbano. El primor de los trajes, las coreografías de las comparsas, la presencia multitudinaria de las familias paisanas, transmiten refinamiento cultural de articulación entre las palabras y los gestos, entre los gestos y los sentimientos. Y se escenifica al compás del baile con sus soberbios caporales y sus danzantes la construcción interna de las tensiones de una comunidad migrante.¹

En un extremo opuesto, el narrador inominado de *Bolivia Construcciones* arriba desde la Villa Imperial de Potosí a la Ciudad del Plata, a vivir en la villa 1-11-14. La presenta, el autor, esta vez sin vergüenzas, sin distanciamiento, o sin otros distanciamientos que los de una cultura literaria que se ha extrañado en algunos de sus lectores. Cuando ingresa a la casa que ocuparán observa lo que le muestra su virgilio, que responde al nombre quechua de Quispe, en el laberinto villero:

“Con un gesto mostraba la casa, de arriba abajo, y curvando el brazo, una ampliación, que detrás del pasillo más angosto que hubiera visto nunca en mi vida” (Morales 2006: 13)

“Esa misma noche, sí aprecié la ampliación que me había señalado el Quispe. Era el baño, que estaba separado de la casa. La expedición que uno hacía era la justa penalidad por las ventajas derivadas de tenerlo lejos. Por unos caños salía no solamente un olor fétido, sino multitud de animales: arañas, unos gusanos gordos, cucarachas robustas y actuadas, de esas que embisten y atacan, y unos insectos que no he vuelto a ver, que tenían la peculiaridad de tener la panza llena de aire y de tronar al ser aplastados.

Pero la ventaja de ese bestiario era que lo veía uno al ir al baño y ahí lo dejaba y no volvía a acordarse de él hasta el próximo viaje” (Morales 2006: 16).

La transcripción corresponde al entero capítulo 4 de esta novela. El pasillo y su recorrido dan cuenta de la vida que llevan – y no solos ellos- los migrantes. La descripción que se dirige a la fantasía imitativa del lector, a su recuerdo o a la novedad respecto a esta calidad de ambientes, arroja la impresión intensa de desconsoladora pobreza, desgaste y ranciedad.

Que sea el espacio de la dramática pelea entre Sylvia y Mariano, ya en el capítulo 72 de los 84 que la completan, (“Por mí puedes morirte, ¡bestial!- le dijo a Silvia y se fue pateando las puertas del pasillo, por donde salía saliendo gente. Yo todavía no había descubierto donde habían cocinado el caldo de gallina... Las cucarachas y otros insectos ruidosos empezaban a acercarse para tomar agua...” Morales 2006: 171) ilumina la captación que un acontecimiento presentado como corriente en ese medio pero que adquiere en la ficción tonalidad trágica; los personajes capaces de pasiones extremas se alejan de toda tipificación que un fundamentalismo cultural, más o menos consciente, los hubiera encasillado

Estas penurias de los migrantes también serán registradas en *La ciudad vista*, que no deja a un lado la denuncia y reproduce los fragmentos, entre otros: “Masiva protesta de trabajadores bolivianos y otras 11 clausuras por trabajo esclavo. Unas 1.500 personas realizaron una sentada en la avenida Avellaneda. Reclamaron la restitución de fuentes laborales y también mejores condiciones de trabajo” (Sarlo: 124), o de Tamara Montenegro, “Una colectividad que crece a la sombra de la discriminación”, en calidad de nota, procedimiento frecuente en el ensayo; la interpolación formará parte de una estrategia narrativa que presenta situaciones a la manera de cuadros.

El lector puede contemplarlos en el transcurso de la lectura, a través de los marcos solo sale y entra, guardando su distancia “objetiva”, la autora.

“¿Qué tenemos allí?” diría un personaje de *Grandeza Boliviana*. En rigor está así escrito como así también la respuesta, “Pues la prueba de su consecuencia, de su carácter” (Morales 2010: 20).

Bibliografía

Alberdi, Maite e Iván Pinto, “A propósito de Copacabana”. <http://www.lafuga.c//entrevista-a-martin-rejamn//39>.

Benencia, Roberto (2008) “Migrantes bolivianos en la periferia de ciudades argentinas: procesos y mecanismos tendientes a la conformación de territorios productivos y mercados de trabajo” en . *Las migraciones en América Latina. Políticas, culturas y estrategias*. Susana Novick (comp.), Argentina, Clacso.

Caggiano, Sergio (2008) “Racismo, fundamentalismo cultural y restricción de la ciudadanía: formas de regulación social frente a inmigrantes en Argentina”. *Las migraciones en América Latina. Políticas, culturas y estrategias*. Susana Novick (comp.) Argentina, Clacso.

Cucurto, Washigton. (2010) “¿Ha vuelto Bruno Morales?” en *Vitamina C*, suplemento del diario *Crítica de la Argentina*, Buenos Aires, 14-3-2010

d’Aubeterre, Luis (2003). “Ciudad, discursividad, sentido común e ideología. Un enfoque psicosocial de la cotidianidad urbana” en *Espacio Abierto*, abril- junio, vol 12, número 002, Asociación Venezuela de Sociología. Maracaibo, Venezuela pp 167-182

Devoto, Fernando (2003) *Historia de la inmigración en la Argentina* Buenos Aires, Sudamericana

Dunkerley, James. 2003 (1987) *Rebelión en las venas*. La Paz, Plural

Guzmán, Augusto (1998) *Historia de Bolivia*. La Paz, Los amigos del Libro.

Mongin, Olivier (2006). *La condición urbana. La ciudad a la hora de la mundialización*. Buenos Aires. Paidós.

Pruden, Hernán (2011) Rojas Mix, Miguel (1978) La Plaza Mayor. *El urbanismo, instrumento de dominio colonial*. Barcelona, Muchnik Editores. "Boligauchos: Sobre algunas representaciones de los bolivianoargentinos en la última década" Revista Temas de Antropología y Migración, N° 1, Junio 2011, Pág: 83–89, ISSN: 1853-354X . pp. 83-89. <http://www.migrantropologia.com.ar/images/stories/PDF/Revista1/Articulo9.pdf>

Villavicencio, Susana y otros (2003) *Los contornos de la ciudadanía. Nacionales y extranjeros en la Argentina del Centenario*. Argentina, Eudeba.

Shultz, Jim y Melissa Crane Draper (2008). *Desafiando la globalización. Historia de la experiencia boliviana*. La Paz, Plural